(EL KAHAL)

(Primera parte)

I

Dos enemigos en la Sinagoga

El 15 de septiembre de 1887 se levantó el censo de Buenos Aires.

Sobre 433,000 habitantes, aparecieron 366 israelitas, reconcentrados en los barrios del norte y del oeste, en el triángulo que forman las calles de Córdoba y Junín, cortadas al sesgo por el Paseo de Julio.

Ha pasado casi medio siglo. ¿Cuántos son ahora? Lo ignoramos, porque una necia preocupación liberal ha borrado de las planillas de los censos, la pregunta sobre la religión de los censados.

Al pobre estadígrafo a quien se le ocurrió la idea de eliminar ese dato, con una inspiración; digna del boticario Homais, le interesaba más saber cuántos cretinos, tuertos y músicos ambulantes hay en Buenos Aires, que cuántos católicos, protestantes, budistas o teósofos.

En el fondo, lo que deseaba era ocultar oficialmente esta vigorosa realidad argentina: que el país, por inmensa mayoría, es católico.

----

(1) Esta nueva edición contiene los dos tomos que en la primera se publicaron bajo el título de "El Kahal" y "Oro".

Lo cierto es que aquel triángulo se ha extendido ahora sobre kilómetros y kilómetros, hacia el oeste y el sur, y en las vecindades de Callao y Corrientes hay manzanas que hoy contienen más judíos que toda la ciudad en 1887.

Basta ver las calles, al atardecer, cuando los niños vuelven de las escuelas y los viejos se asoman al umbral. Arden las cabelleras de color pimentón de las pequeñas Rebecas y Sarahs, entre las barbas talmúdicas de Salomón, Jacobo y Levy.

Hacia 1887, uno de los más relumbrosos levitones del Pasee de Julio era el de Zacarías Blumen.

Desde hacía cuatro o cinco lustros habitaba tres piezas de la planta baja, con recova, en ese antiguo Hotel Nacional, que existió hasta hace muy poco, esquina de la calle Corrientes, en cuya arcaica muestra se leían estas palabras impresionantes:

"Fundado en 1830". Un siglo ha durado ese hotel aquí, donde una casa envejece en veinte años y una constitución se desacredita a los cincuenta.

A la puerta de su tienda, Blumen tenía suspendida una caña, que los transeúntes se habían acostumbrado a ver, sin explicarse su significado.

Era la Mezuza, que al entrar o salir, tocaba con tres dedos de la mano derecha, que luego besaba.

Esa caña encerraba un pergamino, en que un copista, con la admirable escritura ritual, que no tolera defecto alguno, había escrito seis versículos del Deuteronomio, comenzando por el que dice: "Escucha, Israel: el Señor, nuestro Dios, es uno... "

Zacarías Blumen, es aquel Matías Zabulón que, con David su hermano mellizo fueron proveedores del ejército aliado durante la guerra del Paraguay, en 1867

Luego habrá ocasión de referir por qué Matías cambió de nombre y David desapareció.

Con su nueva firma Zacarías fundó una casa de cambio de moneda en la recova del Hotel Nacional. Su clientela principal fueron los marineros y la gente de ultramar, que pululaban en las cercanías del puerto.

Vendiéndoles rubios y zlotis, libras y dólares y hasta monedas asiáticas y africanas, prosperó de tal modo, que a los poco, años pudo instalar un verdadero banco en la calle Reconquista.

No por eso abandonó la recova. Allí se casó con Milka Mir, la de los ojos color de aceituna, que cincuenta años después, se hicieron famosos entre las pestañas negras de Marta Blumen, su nieta.

El gran mundo, que no conoció a Milka, se preguntaba: ¿De dónde saca Marta Blumen esos ojos felinos, soñadores y crueles?

Y allí, en el tenducho de la recova, nació el segundo Zacarías Blumen, padre de Marta, el que había de ser, andan de r1 tiempo, el hombre más rico de Sud América.

Es justo "decir, en honra del primero de los B1umen, que él preparó la grandeza de su hijo y echó los sólidos cimientos de fantástica fortuna.

Vamos a leer su historia.

Una tarde, en el invierno de aquel año, Zacarías Blumen cerró las puertas de hierro de su banco y fué al Hotel Nacional a recoger ciertos pape1es.

Levitón negro, relumbroso en codos y omoplatos. Pastelito de felpa, color pasa de uva, cubriendo un cráneo piramidal, mezquinamente guarnecido de cabellos, que descendían en dos tirabuzones sobre las pálidas orejas. Pantalones estrechos y como fundas de clarinetes, cuyos bordes luidos apenas llegaban a la caña de los botines elásticos.

Tez pálida, con la palidez ritual de un cabrito después que o ha sangrado, para que sea koscher (puro) y puedan comeros fieles. Ojos como dos pedazos de hulla, vivos, escrutadores. Barbas retintas y manos suaves, largas, alabastrinas, de uñas enlutadas.

El Talmud, que dispone minuciosamente cómo deben vivir los judíos, prescribe frecuentes abluciones. Hay que lavarse las manos al levantarse y antes de sentarse a la mesa, pero nada dice de las uñas. Por ello, sin violar la ley ni los Profetas, un buen hijo del Talmud puede llevarlas de cualquier color.

La calle Corrientes tiene, a la altura del Hotel Nacional, una agria pendiente, señal de antigua barranca: hasta ese punto llegaba el Río de la Plata hace tres cuartos de siglo.

Zacarías Blumen asciende la rampa, casi pegadito a las paredes, con el andar silencioso y veloz de la cucaracha.

Al llegar a la esquina de la calle 25 de Mayo, siente la correcta del tranvía. Hace señas y salta a la plataforma, se sienta en la banqueta y extrae su portamonedas, para pagar el viaje, con un mugriento billetito de cinco centavos.

El boletero lo reconoce.

-¡Qué milagro por aquí, don Zacarías!

El banquero responde sonriendo:

-Un paseíto a las quintas para tomar aire.

Las quintas, los caserones coloniales, de vecinos pudientes, con inmensas huertas, y jardines, que a veces ocupaban una manzana entera, estaban en su mayoría al oeste de la ciudad. Pero ya escaseaban, pues el crecimiento de la población obligaba a los propietarios a subdivididas y a venderlas, para aprovechar la enorme valorización de los solares.

Sin embargo, decíase "ir a las quintas" cuando uno salía rumbo al oeste.

En realidad Zacarías Blumen se dirigía a la Sinagoga, donde esa tarde, mejor diríamos esa noche, pues ya se encendía el gas en los faroles públicos, iban a tratar un asunto que le importaba; la venta de la casa solariega de los Adalid, un cuarto de manzana en plena calle Florida.

Extraña y peligrosa costumbre judía, esas ventas que se llaman Hazaka y Meropiié, y se realizan conforme al Talmud, en el secreto de la Sinagoga y en presencia de los grandes dignatarios de la nación.

La Sinagoga es dueña virtual de los bienes poseídos por idólatras (pueblos no judíos) y tiene derecho de ofrecerlos a sus fieles si alguno de ellos lo pide, y de venderlos al mejor postor.

El adquirente paga a la Sinagoga una suma de la que ni un centavo llega al propietario idólatra. Verdad es que éste continúa en posesión de su casa o de su campo, ignorante de la original subasta de que ha sido objeto.

La Sinagoga sólo se obliga, por el precio que recibe, a notificar a los judíos de la ciudad y del mundo entero, la operación que se ha realizado, para que se abstenga, hasta la consumación de los siglos, de pretender la cosa adjudicada, ni comprándola directamente al propietario, según las leyes del país.

Sobre ella sólo tendrá derechos, en adelante, a los ojos de los judíos, el que la adquirió en la Sinagoga.

Y tal notificación implica, además, la prohibición de negociar con el propietario. Solamente el que ha cumplido el privilegio puede prestarle dinero o tratar con él. Lo cual, no significa nada en un país donde Israel no tiene mayor influencia, pero equivale a la ruina a largo plazo, en un país donde el comercio, la prensa y los bancos están visiblemente manejados por los judíos.

Los caballejos del tranvía, cabezas gachas, van pespunteando el camino, a lo largo de las calles.

Esquina de Florida. Justamente la casa de los Adalid, bajo la desabrida luz del gas, en el sitio de las tiendas de lujo, donde se realizan los mejores negocios, y cada vara de terreno cuesta un ojo de la cara.

El banquero Blumen siente la atracción de Florida, torbellino viviente, Maelstrom que bombea la riqueza y la fantasía de todo el país.

Hormiguean los peatones, mientras los suntuosos carruajes se atropellan en la calzada.

Realmente parece un desatino el pretender la casa solariega de una de las más ricas familias argentinas. Blumen sabe que así pensarán todos y espera no encontrar rivales, que hagan subir el precio.

Quiere instalar su banco en Florida, con un inmenso letrero de luces que arroje su nombre como un insulto sobre la ciudad, que ahora se reiría de él, si adivinara sus pensamientos. Pero mañana temblará bajo su garra de financista.

Hace veinte años que vive en el país. Apenas habla su lengua, mas ya en sus venas blancas siente ardores de dueño y señor.

"¡Florida será mía! ¡Y después, Buenos Aires será de mis hijos y después, 'la nación entera de los hijos de mis hijos!"

No faltarán hasta en los miembros del ghetto (barrio judío), quienes lo crean loco de ambición o de avaricia.

¡Peor para ellos, que no ven el porvenir de Israel en un; país que, con virginal inexperiencia y desde la primera hoja de su Constitución, se ofrece a todas las razas del mundo romo una granada que se parte!

Todas las razas no son igualmente temibles, porque no todas son igualmente capaces para las conquistas modernas.

Ha concluido la misión de la espada. Ha pasado la era de los cartagineses, romanos, árabes, españoles, franceses, hombres de hierro y de sangre, vencidos y aplastados por las ideas económicas.

Mejor que la espada, el fusil; mejor que el fusil, el cañón; mejor que el cañón, el oro. Quien maneje el oro, mandará más que César, más que Felipe II, más que Napoleón.

Pero así como no todas las razas fueron capaces de manejar la espada, no todas son capaces de manejar el oro.

Esto piensa Blumen, encorvado sobre el asiento. ¡Parécele sentir el carro del Anticristo, sobre ruedas de oro, tirado por los economistas cristianos!

-¡Dentro de medio siglo habrá llegado! ¡Y será el Mesías! Su agitación esta! que otros pasajeros lo notan y el boletero se le acerca.

-¿Está enfermo, don Zacarías?

El banquero 1o mira, atolondrado, completamente en la luna, y sin responderle se agacha y vuelve a soñar.

En las bocacalles hay un farol, debajo del cual algún impaciente, que acaba de comprar un diario de la tarde, "El Nacional", o "Sud América", devora las noticias. El oro sube, las acciones en la Bolsa bajan, en la Cámara de Diputados se pronunciar discursos amenazantes. Rumores de revolución. Las horas del gobierno están contadas.

Zacarías Blumen sueña que algún día sus hijos o los hijos de sus hijos serán diputados o ministros; tal vez uno de ellos presidente de la república. Toda su fortuna y todo el poder de la Sinagoga se arrojarán en el platillo de la balanza.

¿Quién podrá vencerlo?

En verdad, no tiene más que un hijo, linfático muchachito de trece años, que ha heredado su nombre, sus venas blancas, su nariz fina. Pero cuando él se case, con una muchacha argentina, cristiana de religión, ella será más fecunda que 'la bella Milka Mir.

La estridente cometa del mayoral rompe el frágil tul de sus visiones. El sueño y el viaje han terminado. Desciende. Calle lóbrega, con aceras de ladrillo y calzada de tierra, la calle de la Sinagoga, casi en los extramuros del oeste.

Los pocos zaguanes vecinos cerrados a esa hora. Un farolito, de trecho en trecho, y algunas sombras, que se deslizan a lo largo de las paredes y de pronto se hunden en mayor oscuridad.

Zacarías piensa: Cuando solamente la mitad del oro del mundo, esté en manos judías, la Sinagoga, o más propiamente, el Gran Kahal de París o de Nueva York, con un solo signo, podrá desencadenar tan grande crisis en el mundo, que las naciones cristianas perezcan de hambre y se vendan ellas mismas a Israel

Y se cumplirán las promesas del misterioso Salmo 47, que los judíos leen siete veces el día de año nuevo (Rosch Haschama) entre los horripilantes aullidos de un cuerno de carnero que sólo esa vez se toca: "Pueblos, batid palmas y celebrad a Dios con gritos de alegría. Porque Jehovah, el Altísimo, someterá y arrojará a vuestros pies a todas las naciones."

Con esto llegó a la puerta de la Sinagoga, que miraba al occidente, y estaba entornada. La empujó, haciendo deslizarse la piedra que la mantenía, entró y volvió a cerrada.

Es el vetusto' caserón de una quinta, lugar de recreo de algún rico, en tiempos de los españoles. Entonces, aquel punto de la ciudad era la plena campaña y las casas tenían humos de fortalezas, con sus espesos paredones, sus sólidas rejas, sus puertas infranqueables.

Una lámpara a kerosene colgada en el zaguán, apenas alumbraba el primer patio, circundado de galerías con gruesos rilares. Luego otro zaguán y otra lámpara, que oscila en el viento; un segundo patio sin galerías, con un aljibe y un parral, a manera de toldo; y más allá, detrás de una tapia, la huerta de naranjos, tan sombría, que ya al atardecer causa miedo.

Allí está la Sinagoga; y allí funcionan los dos supremos tribunales que mantienen la unidad y la fisonomía de los judíos: el Kahal y el Beth-Din.

Los cristianos piensan que ser judío es profear la religión judaica. No se imaginan que es otra cosa: que es pertenecer a una nación distinta de aquella en que se ha nacido o se vive.

Suponen que la Sinagoga no es más que el templo del culto israelita. Ignoran que es, además, su Casa de gobierno, su Legislatura, su Foro, su Tribunal, su Escuela, su Bolsa y su Club.

La Sinagoga es la clase de uno de los hechos más sorprendentes de la historia.

Los fenicios, los caldeos, los asirios, los egipcios, los me· das, los persas, los cartagineses, han desaparecido.

Mientras que los judíos, sus contemporáneos y alguna vez sus siervos, han perforado los siglos, han llegado a nosotros, y con admirable orgullo nacional, se proclama el pueblo anunciado por la Sagrada Escritura para dominar el mundo.

De la antigüedad, anegada en el diluvio de los pueblos cristianos, no queda más que la Sinagoga, insumergible, como el arca de Noé, con su tripulación escogida, sus leyes, sus costumbres, sus ritos, su sangre, y hasta las líneas indelebles de su rostro.

La Sinagoga es el alma del judaísmo.

Y el alma de la Sinagoga no es la Biblia, es el Talmud.

Y el alma del Talmud es el Kahal.

Pero, ¿quién sabe, sobre todo, quién osa explicar exacta· mente lo que es el Kahal?

En un ángulo de aquella vieja mansión de galerías enladrilladas y patio con aljibe y parral, había un pedazo de pared sin revoque, en memoria de Jerusalén y su templo destruido y un letrero que decía: Zescher la shorban (recuerdo de la desolación).

Y en otra esquina un largo tronco de palmera, que asomaba, como un mástil, por arriba de los techos.

Solamente quienes conocían el ritual comprendían su sentido. La Sinagoga, donde funciona el sagrado Kahal, tiene que ser la construcción más alta de la ciudad.

Cuando no pueden levantar una torre, erigen un mástil.

Los rabinos son los más ingeniosos casuistas del mundo.

El mástil era una solución allá por 1887. Ahora no basta, por culpa de los rascacielos, cada día más audaces. ¿Dónde hallar palmeras más altas que un

vigésimo piso?

Y los rabinos se han vuelto a sumergir en el estudio de la Mischna, que es la Ley escrita, y de la Guemara, comentarios de la Ley por los antiguos rabinos. Y ciertamente en esa vasta colección de libros que forman la Mischna y la Guemara, y a la cual se da el nombre de Talmud, acabarán por hallar algún versículo que los libre de rehacer sus sinagogas.

Entretanto-recurso de emergencia-, han discurrido alquilar, para ciertas ceremonias, el último piso del más alto rascacielo de la ciudad, que las más de las veces, pertenece a un buen hijo del Talmud.

¿Qué son, pues, el Kahal y el Beth Din?

Desde que un judío toca los umbrales de la vida, hasta que sus despojos, lavados con agua en que se han hervido rosas secas y envueltos en un taled se encierran en la "casa de los vivos" (Beth hachaim), vive secretamente sometido al Kahal.

Tribunal misterioso, como una sociedad de carbonarios, existe dondequiera que hay judíos.

Si son pocos y la comunidad es pobre, se le llama Kehillah.

Si son muchos y tienen rabino y Sinagoga, ya es un Kahal, que manda sobre todo los Kehil1ahs de la región.

Y si se trata de una capital populosa, donde habitan millaales de hebreos, se instala un Gran Kahal, con jurisdicción sobre todos los Kahales del país.

Hace medio siglo, los trescientos y tantos judíos de Buenos Aires no hubieran obtenido en Europa o en los Estados Unidos más que un modesto Kehillah. Sin embargo, concedióseles un verdadero Kahal, en atención a las riquezas del país y a las ilimitadas perspectivas que sus leyes sabias y generosas y su hospitalaria población ofrecen al pueblo de Sión.

Esperanzas que no se defraudaron. Hoy Buenos Aires tiene la honra de poseer un Gran Kahal, la suprema autoridad de innumerables Kahales y Kehillahs erigidos en ciudades y pueblos argentinos, que sólo dependen a su vez, del Gran Kahal de Nueva York, verdadero Vaticano judío.

Aunque sean varios los miembros del Kahal, la acción se la imprime el más enérgico; y ése puede ser un ilustre Rosch (jefe), un Gran Rabino o un simple 1kur (vocal) y hasta un modesto Schemosch (secretario) que se haya hecho conferirla temible facultad de perseguidor secreto, o sea de ejecutor de las altas decisiones del tribunal.

El Kahal es un soberano invisible y absoluto.

Comercio, política, religión, vida privada en sus detalles más minuciosos (relaciones entre padres e hijos, entre marido y mujer, entre amos y criados) todo está regido por el Talmud y controlado por el Kahal, que es su expresión concreta.

Y aunque instituido para aplicar la ley de Moisés, y el Talmud, en la práctica desborda y contradice a la misma ley.

La Biblia es como el agua. El Talmud es como el vino.

El Kahal es, mejor aún, como el vino aromático.

El mismo Talmud proclama la infalibilidad y la omnipotencia de los rabinos, sus intérpretes.

"Hijo mío, atiende más a las palabras de los rabinos que a las palabras de la ley." (Erubin, 21 b.)

"Porque la palabra de los rabinos, es más suave que la de los profetas." (Sepher Caphtor U-Perach, 1590,121.)

"Y el temor al rabino es el temor de Dios" (Maimonides Jad. Chaz. Nilch Talm. Thora, Prek S. I), a tal punto que "si un rabino te dice que tu mano derecha es tu izquierda y que tu izquierda es tu derecha, debes creerle." (Rabbi Raschi. Ad. Deuter. XVII, II.)

Por lo cual, el Talmud declara que "el que desprecia las palabras del rabino, merece la muerte". (Erubin, 21 b.)

Y entre el rabino que hace la doctrina y el Kahal que la aplica, hay una estrecha inteligencia, que el público ignora.

El, sólo sabe que es inútil rebelarse y conveniente obedecer.

Porque si el Kahal es duro y temible como un tirano caprichoso, es también un protector omnipotente.

Junto al Kahal, que legisla y manda, actúa el Beth Din, verdadero tribunal secreto que se avoca todo pleito judío, y lo juzga no conforme a las leyes del país sino conforme al Talmud Y sus sentencias se cumplen, así el condenado se esconda en el seno de la tierra.

Ambos tribunales funcionan en la Sinagoga.

La sala de 1887, donde se reunían las asambleas de los judías, era modesta y limpia, toda pintada de blanco. Sus paredes, hasta donde un hombre podía alcanzar, estaban cubiertas de tapices, sobre cuyo borde superior corría una ancha franja de lienzo, con misteriosas leyendas hebraicas, estrellas de seis picos y tablas de la ley.

Cada vez que se abría la puerta, una bocanada del viento de la calle hacía oscilar como péndulos, las tres lámparas de aceite suspendidas de los desnudos tirantes del techo.

En el costado del oriente había un arca, llamada Arón, recuerdo del Arca de la Alianza, donde se guardaban, envueltos en preciosas telas, los rollos de la Ley, o la Sefer Thora, el libro sagrado por excelencia.

La Thora contiene los cinco libros de Moisés, el Pentateuco, que es la historia del pueblo de Israel desde la creación del mundo hasta la muerte de Moisés, y su legislación civil y religiosa.

En largos rollos de pergamino, meticulosamente preparado, un copista de rara habilidad, empleando tinta negra, cuya estricta fórmula dan los rabinos, ha escrito a mano el antiquísimo texto, sin cometer un solo error.

Bastaría, en efecto, que se hubiera equivocado en una jota, o que su tinta no fuera la del ritual, o se descubriera que una de las pieles había sido aderezada por un cristiano para que toda la obra fuese desechada como indigna de la Sinagoga.

Hacia el tercio de la sala, no lejos del Atón, estaba el altar, sobre el cual ardían cuatro velas, para facilitar la lectura de la Thora, ya que la luz de las oscilantes lámparas era harte mezquina.

Seguían los escaños, para los fieles.

Blumen sentase en el primer lugar, por haber comprado al Kaha1 ese privilegio.

A su lado sentábase Mauricio Kohen, de Varsovia, descendiente de la familia de Aarón, los antiguos levitas, como lo indicaba su nombre (Kohen, sacrificador).

En otros escaños, sentase diversos personajes, todos con el sombrero puesto, porque los israelitas en la Sinagoga, y en la mesa, y en sus visitas, permanecen cubiertos.

Cuando se llenaron todos los asientos se levantó el Rosch hak Keneset (jefe de la asamblea), que era entonces también el jefe del Kahal, Salomón Wofcy, anciano barbudo, de anteojos de oro.

Tenía puestas las tefflilin, correas con que se ciñe en la freno te y los antebrazos, un pergamino donde se han escrito pasajes de: Exodo: "Escucha, Israel... etc."

Y arriba del sombrero el taled, velo blanco de cuyas cuatro puntas cuelgan los zizith, flecos de ocho hilos de lana, anudados cinco veces.

El Rosch tenía majestad de sacerdote y de príncipe.

Desplegó entre la asamblea uno de los rollos de la Sefer Thora y con vos penetrante pronunció en hebreo las clásicas palabras del libro santo: “Esta, es la ley que Moisés impuso a los hijos de Israel.” E invito a Kohen, primero que a Blumen a leer el comienzo del capítulo correspondiente a ese día.

Han dividido el Pentateuco en 52 lecciones, una para cada semana, de tal modo que al cabo del año terminan su lectura y vuelven a empezar.

Kohen conocía el hebreo, e iba él mismo traduciendo al idisch lo que leía, para que le entendieran sus oyentes, en su mayoría rusos, polacos y alemanes.

Después fué el turno de Zacarías Blumen, que entendía la letra hebrea, pero no comprendía el texto, y necesitaba el auxilio del turgeman (traductor) de la Sinagoga, el cual lo interrumpía al final de cada versículo, si era la Ley, o de cada tres versículos, si eran los profetas, marcando así la menor veneración que merecen los Profetas, comparados con Moisés; y ponía sus palabras en lengua vulgar.

Zacarías Blumen, más rico que Mauricio Kohen, sentíase humillado por su ignorancia.

El leer ante la asamblea es un honor, que, como todos lo; honores de la Sinagoga, se adquiere mediante el pago al Kahal.

Pero existía, además, el derecho de hablar a manera de predicación o comentarios y aun para debatir asuntos y negocios.

En este caso apagábanse las velas del altar, señal de que podían tratar cosas profanas.

Esa noche Zacarías Blumen pidió la palabra. Su voz era exánime y sin timbre, mas sus ojos lanzaban penetrantes rayos.

-Quiero que, según nuestras leyes y costumbres, el Kahal ofrezca en venta la casa de don Justino Adalid, en la calle Florida, y su estancia de dieciocho leguas cuadradas, con haciendas y colonias.

Gracias a la poca luz, pudo Mauricio Kohen disimulaba su fastidio. No habló, sin embargo; ni miró a Blumen, que con la cabeza caída sobre el pecho, aguardó la respuesta del Kahal, por boca del jefe.

El vecino de Kohen, a su derecha, dijo a éste, en voz baja. -Yo ofreceré por usted. ¿Hasta cuanto?

Kohen escribió con el dedo sobre la tabla del escaño, para que no advirtieran sus maniobras, la cifra que él quería ofrecer. Mas fué inútil, porque Blumen principió las ofertas con una cantidad cinco veces mayor, lo cual significaba su propósito de no dejarse vencer.

-¡Está loco! -dijo, entre dientes, Kohen.

Los seis miembros del Kahal, y el Rosch, deliberaron por fórmula, y respondieron a Blumen que aceptaban su propuesta, y él, sin prisa, contó un centenar de billetes de cien pesos, y lo depositó sobre el altar. Y, el Rosch se puso de pie y solemnemente, los brazos extendidos sobre los ya invisibles rollos de la Thora, pronunció estas palabras:

"Hay, jueves, víspera de la luna Aira, del año 5648 se pan todos que este Kahal ha vendido a Zacarías Blumen, por la suma de 10.000 pesos, el derecho de explotar la casa paterna y la estancia de don Justino Adalid, desde el centro de descendientes tierra, hasta las nubes más altas, para él y para todos sus descendientes. Y sepan todos los judíos que ninguno de ello, puede comprar esas propiedades, aunque el mismo Adalid quiera vendérselas en todo o en parte, por ningún precio, motivo ni pretexto"

Zacarías Blumen habló de nuevo.

-He comprado el Hazaka, esto es, el derecho de explotar los bienes materiales de don Justino Adalid. Propongo ahora comprar el Meropiié, o sea, el derecho de explotar su persona ¡Mauricio Kohen repuso prontamente:

-Yo ofrezco diez mil pesos por ese derecho. Sardónica sonrisa de su rival.

- ¿Diez mil pesos? i Yo ofrezco cien mil?

Kohen pareció hundirse bajo aquella cifra, que para un negocio

absolutamente imaginario, resultaba insensata; y guardó silencio. Y el Rosch, se levantó de nuevo, recibió los cien mil pesos y con fría solemnidad anunció que el negocio estaba consumado, y que ningún judío de Buenos Aires ni del mundo podría en adelante prestar dinero o comerciar en otra forma con don Justino Adalid ni sus descendientes, hasta la terminación de los siglos. Para que esto fuera sabido, se mano daría copia del acta de venta a todos los Kahales del Universo.

-¡Cien mil veces loco! murmuró Kohen.

Blumen alcanzó a oírlo, y exclamó con voz lamentable:

-¡He pagado un alto precio! Ahora exijo que el santo Kahal apostrofe y maldiga al que intente burlar mi derecho. -Es justo-dijo el Rosch, que extendió las manos otra vez, y pronunció esta solemne imprecación:

"En nombre de Aquél que dijo: No hay más Dios que yo. y yo soy el Dios de todos, que te saqué de la tierra de Egipto y de la casa de la servidumbre; y conozco los pecados de los padres, que me aborrecieron en los hijos de los hijos hasta !a cuarta generación, y tengo misericordia de los que me aman y guardan mis mandamientos; y en nombre del Kahal y del Beth Din de Buenos Aires, aviso a todos los judíos del mundo, el derecho de Zacarías Blumen; y si alguien no cumple y 1o desconoce, sépase que su pan no es el pan de un judío; que su vino es el vino de un goy; que sus frutos están podridos; que sus libros son libros de hechicería; y hay que cortar los zizith de su manto; y arrancar la mezuza de su puerta; y no hay que comer, ni beber con él; ni circuncidar a su hijo; y si bebe en una copa, y es de cristal, hay que romperla; y si es de plata, hay que fundirla en el fuego, porque es un Nahri (pagano)."

Unos escuchaban con horror; otros con indiferencia. Los más ignoraban quién fuese don Justino Adalid, ni qué clase de negocios podía tener nunca ninguno de ellos con tal señor.

Mauricio Kohen, profundamente irritado, pidió la palabra y se aproximó al altar. Las pupilas penetrantes, detrás de los gruesos cristales de sus anteojos de oro. Las mejillas encendidas; el rubio y escaso cabello en remolinos. ¿Odio personal? ¿Fanatismo religioso? ¿Intereses desbaratados?

Mientras él habló, Zacarías Blumen parecía dormitar.

-Recordad, hermanos, que se aproximan los tiempos anunciados por los profetas. Dentro de 89 años, según nuestro Zohar, el Libro del Esplendor, o sea en 1966 para los cristianos, se levantará el verdadero Cristo, que entregará a Israel el Imperio de todas las naciones. El Universo no ha si· do creado sino a causa de Israel, según afirma el Talmud. Nos han perseguido, nos han dispersado. Con eso nos han derramado sobre la tierra, y hemos podido filtramos en todos los países. Hemos destruido los privilegios de las castas y de las coronas y hemos inventado los privilegios del oro, ídolos que el Sumo Sacerdote Aarón levantó en el desierto y adoraron los israelitas de Moisés.

Somos el uno por ciento de la población del mundo entero, y poseemos ya la mitad de las riquezas de todo el mundo. No es necesario luchar por la otra mitad. Nos bastará apoderarnos de todo el oro, que es apenas la centésima parte de la riqueza universal. Y cuando ya no quede ni un adarme de oro en manos de los gobiernos ni de los particulares, podremos hacer que los pueblos cristianos mueran de hambre y de frío, aunque posean todo el trigo, y todos los rebaños, y todas las minas existentes. Porque no podrán cambiar 1o que les sobre por 1o que les falte y no serán capaces de renegar de las doctrinas que les hemos enseñado.

No nos embaracemos, pues, ni de casas, ni de campos, ni de haciendas que no se puedan transportar, ni esconder; y que apartan nuestro corazón de la tierra prometida.

Y a ti, que quieres llenarte de campos y de estancias te pregunto: ¿vas a hacerte agricultor? ¿No conoces la máxima del Talmud: “el que tiene cien florines en el comercio, come carne y bebe vino; el que los tiene en la agricultura, comerá hierba”…? Por eso te conjuro y te digo con el espíritu de nuestra raza: "No cultives el suelo extranjero; pronto cultivarás el tuyo; no te fijes en ninguna tierra, porque serás infiel al recuerdo de tu patria; no te sometas a ningún señor, porque no tienes otro que Jehovah; consérvate como si estuvieses de viaje, a punto de partir; y pronto verás las colinas de tus abuelos, y esas colinas serán el centro del mundo, del mundo que estará bajo tus pies."

Gruesas gotas de sudor aparecieron sobre la frente del fogoso Kohen.

Zacarías Blumen no contestó ni pareció advertir la alusión, y la asamblea se disolvió en silencio.

En la esquina de la calle juntáronse de nuevo Blumen y Kohen y tomaron el mismo tranvía.

Y sucedió aquella noche que Blumen dio diez centavos al mayoral, y dijo a Kohen:

-Mauricio, ti pago la tranvía.

Y Mauricio se hizo el desentendido, pero se lo dejó pagar.

II
Los comienzos de Zacarías.

Los que vieron a Zacarías Blumen meterse en su covacha del Paseo de Julio, con sus guedejas rituales, su barbaza retinta y su levita escrofulosa, nunca 1o hubieran reconocido en el caballero de frac, atusado y sin tirabuzones que a eso de las diez de la noche salió para asistir al casamiento de la hija mayor de don Justino Adalid.

De acuerdo con la extraña costumbre talmúdica, acababa de comprar en la Sinagoga el derecho de arruinar al rico estanciero.

Pero una cosa son los negocios y otra cosa la amistad.

El, era ya personaje a quien agasajaban no solamente los que podían necesitarlo, sino todos esos que alternan gustosos con los ricos, aunque no sean de buena estirpe ni reputación.

Zacarías, merced a sus relaciones de Bolsa y de banca, iba penetrando en los salones. Y como echó de ver que su aspecto era ridículo resolvió transformarse.

Se mandó hacer un frac, con el mejor sastre de la capital, y aguardó la primera invitación.

Le llegó en buena hora la de Adalid. Su fiesta haría época en los fastos de la vida porteña, y le permitiría ver por dentro aquella casa que tanto le gustaba por fuera.

Mandó llamar al peluquero y ante la estupefacción de Milka, se hizo cortar a la moda la barba y el cabello.

De frac, con chaleco blanco, una flor y guantes níveos, su mujer y su hijo empezaron a admirarlo. La blandura, la simplicidad, el apocamiento con que se presentaba en público, no eran sus cualidades domésticas. En su casa tronaba y fulminaba como un Sinaí, y cuando en las mejillas se le pintaban dos chapitas de carmín, señales de mal tiempo, la bella Milka y el alebronado pequeño Zacarías, procuraban echarse a la calle o guarecerse en un rincón.

-¡Yo querría acompañarte, Zacarías! --suspiró su mujer.

Y él respondió:

-como me llamó Zacarías, que significa Dios se acuerda; un día llegará en que hasta los perros de mi casa entrarán en la sala de Adalid.

Escalón por escalón iba ascendiendo en la vida social Ya, varias veces, había llegado al despacho del presidente de la república. Más difícil resultaba entrar en las aristocráticas mansiones porteñas.

La fiesta de Adalid sería, pues, su bautismo de fuego. Seguramente lo habrían invitado, con la esperanza de que no fuese.

Temerían verlo aparecer con su indumentaria de mercachifle. ¡No! El, sabía muy bien cómo debía presentarse.

No le importaba que aquellos pobres goyim (cristianos) se rieran de su torpe

idioma. Era blando y humilde por fuera; por dentro orgulloso. A su tiempo se despojaría de su humildad exterior y los aristócratas se disputarían su amistad. y las mujeres de ellos, más vanas que ellos mismos, y más codiciosas, invitarían a Milka.

-¡Señor, Señor!-pensó Zacarías. ¡Lo que vaya tener que gastar en joyas, cuando esto suceda! ¡Pero no importa! Los brillantes y las perlas, bien comprados, es buena inversión.

Al peluquero que lo afeitó y ayudó a vestirse le regaló su levita.

-Te servirá para ir a la Sinagoga, Samuel.

-Sí, sí. El día de Yom Kipur me la pondré -respondió

Samuel, pensando que por aquella prenda le daría dos pesos otro judío en la misma calle.

Voló el pequeño Zacarías a la plaza de Mayo, a cuatro cuadras del hotel Nacional. Recorrió la fila de victorias apostadas allí, y eligió una a su gusto y se la llevó al banquero. -No conviene llegar a pie a una fiesta semejante-había dicho Blumen tocando la mezuza de su puerta y besándose los dedos.

Y su mujer le clavó una saeta al partir.

-Apuesto mi tapado de pieles a que a ella la han invitado. Inútil nombrarla. Ella era la mujer de Mauricio Kohen, que se iba introduciendo en todas partes y había hecho del descendiente de Aarón un personaje influyente.

Zacarías reprimió un gesto de fastidio, acordándose de que Sarah Zyto, la actual esposa de Mauricio Kohen, había sido desdeñada por él, años antes, a causa de los bellos ojos de Milka Mir, ¿Error o acierto? ¡Dios 1o sabía!

Si grande era la rivalidad de los dos banqueros, mucho mayor era la de sus dos mitades: Milka, la de Blumen, y Sarah, la de Kohen.

Esta, envidiaba a aquélla su fortuna; y aquélla, envidiaba las buenas relaciones de ésta. Si la fortuna de Kohen se calculaba en un millón, había que calcular en cinco la de Blumen. Y, sin embargo, esa noche, la ambiciosa Milka, bebería sola y. aburrida el té de su samovar, mientras Sarah exhibiría sus collares sospechosos bajo las arañas de los Adalid.

El gas tiñó de espectro la cara del nuevo invitado. Los curiosos le abrieron paso sin reconocerle. Un criado le tomó sombrero, sobretodo y bastón.

El dueño de casa acudió a recibirlo, y quedó pasmado.

-¿Usted es... Blumen?

-Para servirle.

Mauricio Kohen, su contendor de esa tarde en la Sinagoga estaba en el salón, con su mujer, y ambos corrieron a presenciar el prodigio: ¡Zacarías Blumen a la moda!

Sarah Zyto lo llamó por el nombre que él habría querido enterrar bajo siete leguas de tierra.

-¡Oh, mi querido Zabulón! ¿Qué has hecho de tus barbas patriarcales? ¿Qué

va a decir tu pobre Milka? Y ella ¿no ha venido? ¿Por qué no has traído a la hermosa Milka?

Zacarías maldijo su estrella, dió algunas explicaciones, y se escabulló de aquella mujer que lo tuteaba como a un criado.-¿Tan amigo es de Sarah Zyto que lo trata con tanta familiaridad?

-Sí… no... , es decir, entre nosotros.

Huyó de nuevo, para no contar que Sarah Zyto, veinte años atrás, fué la mujer de su hermano David. Y se perdió en el tumulto de los invitados, saludando a todos, y sin saber en qué grupo mezclarse.

Hasta que le cortó el paso un muchachón despejado e insolente, que lo condujo al buffet.

-Venga, vamos a tomar champagne, y a hablar de negocios. Yo soy Rogelio, el menor de los Adalid varones. Hay, todavía una hermana de seis años. Yo tengo quince, pero soy el que sabe más. Ellos se burlan de mí porque no quiero trabajar. Yo les contesto que cuando se tienen cinco millones, es una imbecilidad ponerse en peligro de perderlos, por tenéis seis.

Zacarías hizo el gesto habitual de tirarse las guedejas, y su mano indecisa arañó la mejilla flácida.

-¿Y qué es lo que sabe usted, mi amiguito?

-¡Vivir!... Supongo que usted querrá champagne seco ¿no es así? El dulce para las mujeres. Bueno, óigame.

Yo quiero que usted sea mi banquero…

Zacarías bebió una copa y preguntó suavemente: -¿Tiene usted la libre disposición de sus bienes?

-Todavía no; pero cuando el viejo usted sabe, nadie es eterno y un día u otro también a él le tocará el turno. Mi madre ya murió, y de ella tenemos, cada uno de los hermanos, dos millones. Si el viejo no se funde, por trabajar demasiado, heredaremos otros cinco o seis millones, cada uno.

-¡Dios del Talmud! Continúe, niño, me interesa.

-Pongamos que no sean más que cinco; que no sean más que cuatro. Cuatro que tendré y dos que tengo son seis. ¿Puede un mozo vivir en París y en Londres y en Viena con la renta de seis millones?

-¡Ya lo creo! ¡Más que vivir! Puede morirse si se empeña en gastar su renta.

-¿Y cuál sería la de seis millones?

-Según en qué los invirtiera. ¿Casas? ¿Campos? ¿Vacas?

-¡Ni casas, ni campos, ni vacas! ¡Dinero contante! ¡Buenas hipotecas! Mi padre y mis hermanos son unos infelices. Echan los bofes por adelantar sus capitales; viven comprando y vendiendo; mejorando sus estancias, edificando sus terrenos; levantándose al alba y trabajando como negros todo el día.

Zacarías asintió. Las gentes citaban como ejemplo la laboriosidad de los Adalid.

-La gran ambición de mi padre es que lo llamen pionneer del progreso argentino. ¡Qué estupidez! ¡Tome otra copa! Y óigame bien. Usted es judío, y yo soy cristiano, pero tengo más confianza en los que van a la Sinagoga, que a la Catedral.

-Muchas gracias.

-Me refiero a negocios. Ningún judío se empobrece. En cambio, los cristianos viven dando tumbos. - También suele ser verdad.

-Yo quiero entonces confiar mis asuntos a un banco judío

- ¿Cómo el Banco Blumen?

-Eso es. Cuando a mi padre le toque el turno… ¿usted? me entiende? no aceptaré ni una vaca, ni un terreno, ni una hectárea de campo. Si me obligan a aceptar, lo liquidaré en el acto, y le entregaré a usted el dinero, y usted lo colocará en buenas hipotecas. No me ha dicho qué renta pueden dar seis millones de pesos... ¿Otra copa? Y ahora, mi banquero y amigo, dígame por qué esa rubia 1o trata de tú y 1o llama Zabulón...

Zacarías inventó cualquier explicación y salió del paso como pudo. El mozalbete, en realidad, apenas le escuchó. En los salones danzaban elegantes parejas, y él envidiaba a los mayores aquel placer, vedado todavía para un colegial.

Zacarías aprovechó ese instante para escabullirse. Ya se había entrenado en la alta vida social. Ya 1o habían visto en correcta indumentaria y nueva fisonomía. En adelante lloverían las invitaciones.

-¡Ah Milka! Qe no haber sido tú tan hermosa, yo sería dueño del corazón de Sarah Zyto. Y ella no se acordaría de llamarme Zabulón. ¡Maldito sea!

Era una historia antigua. Los viejos Zyto de Polonia, a raíz de uno de esos frecuentes pogrom, en que los judíos son perseguidos a sangre y fuego, emigraron a la Argentina, con su única hija, Sarah, que tenía cinco o seis años.

Mala suerte y peor salud. Murieron dejando en la miseria a Sarah, de quince años, que no tardó en hallar amparo en casa de los mellizos Zabulón, pues se casó con uno de ellos, David, el más juicioso y tímido y tartamudo.

Buenos y laboriosos muchachos, David y Matías. Habían llegado de Varsovia sin más bienes que sus lustrosas levitas y dos pastelillos de felpa, a guisa de sombreros.

Llegaron en tiempos propicios, pues no tardó en estallar la guerra.

Desde la antigüedad el judío ha preferido la guerra a la paz, porque ésta no engendra negocios.

Cuando hay príncipes que se disputan y pueblos que se entrematan, el ojo acostumbrado a leer los caracteres hebraicos del Talmud, sabe, también descubrir soberbias oportunidades.

El judío no ama la guerra como soldado, sino como proveedor de los soldados y prestamista de los gobiernos.

Ciertamente, alguna vez ha tenido que formar en las filas y marchar al frente. Pero siempre ha hallado manera de cumplir la avisada máxima del Talmud: "Si partes a la guerra, no vayas adelante, sino atrás, a fin de que puedas vol. ver el primero." (Pesdchim, 112 b.)

Los dos Zabulón tenían buen ojo, y eran capaces de convertir en oro no solamente el hambre y la sed de un ejército, sino también la sangre, el dolor y hasta la derrota. Y lo hacían con una sencillez enternecedora y una dulzura invencible.

Eran, pues, los tiempos de la guerra del Paraguay, que se inició en noviembre de 1864, y duró más de cuatro años.

Parece increíble que la pequeña nación paraguaya resistiera tan largo tiempo contra los ejércitos aliados de la Argentina, el Brasil y el Uruguay.

Conviene explicar que en aquella época el Paraguay tenía mejores arsenales, astilleros, telégrafos y ferrocarriles que la Argentina.

Francisco Solano López, su ominoso presidente vitalicio, había logrado reunir más de sesenta mil soldados, en sus famosos campamentos de Cerro León, Encarnación y Humaitá, y provocó la guerra pará hacerse conocer del mundo.

Un día de noviembre del 64, en plena paz, se animó a desafiar al Brasil, apoderándose de un vapor mercante, que tocó en Asunción.

Y meses después, todavía en paz con la Argentina, invadió su territorio y pasó a degüello las tripulaciones de dos vapores de su escuadra, sorprendidos en Corrientes.

Entre los proveedores de las tropas argentinas, que partieron a los lejanos campos de batalla, deslizándose David y Matías. Aquél, según dijimos, ya era casado con la joven Sarah Zyto, que se quedó en la ciudad para servirle de corresponsal.

Vendiendo aguardiente y tabaco, y contrabandeando yerba del Paraguay, que es insustituible para los buenos tomadores de mate; pasándose del campamento argentino, al de los brasileños o de los uruguayos; y en ocasiones metiéndose furtivamente hasta en las líneas paraguayas, es decir, traficando con el enemigo, los mellizos Zabulón, en cuatro años, ganaron centenares de miles de pesos fuertes.

Infinitas penurias y verdaderos peligros. Tan verdaderos que al fin se produjo la tragedia.

Su don de oportunidad, que los hacía caer a tiempo, y volverse indispensables, pues siempre tenían dinero listo; su discreción, su paciencia, su mansedumbre, su sagacidad vulpina, virtudes históricas de su raza, y hasta el ser dos personas tan idénticas que resultaba imposible saber cuándo se trataba de David y cuándo de Matías, y facilitaba ciertos negocios y muchas coartadas, explican su éxito.

Más tanto va el cántaro al agua.

Un día los centinelas brasileños sorprendieron a Matías volviendo de las líneas paraguayas, y se tuvo indicios de que había llevado noticias.

Consejo de guerra inmediato y pena de muerte dentro de las veinticuatro horas.

El prisionero mandó llamar a su hermano para despedirse.

Desde el campamento argentino acudió el dulce David, des· hecho en lágrimas y más tartamudo que nunca.

Y el cauto Matías le hizo una extraordinaria proposición.

-¿No te crees capaz de obtener mi gracia, del presidente Mitre, general en jefe de los ejércitos aliados?

-¡Hermano mío, más querido que la misma Sarah! No me creo capaz ni de obtener la vida de un caballo, ni de una vaca, ni de un ratón; mucho menos la tuya. Soy tímido y tartamudo como Moisés. No me tientes y prepárate a morir…

-No, hermano mío: tengo una idea salvadora. Tú eres tímido, pero yo soy audaz; tú eres tartamudo, como Moisés, pero yo soy elocuente como su hermano Aarón.

-¡Es verdad!

-Estoy seguro de que si el general Mitre me escuchara, me concedería su gracia.

-También yo estoy seguro, porque hablas como un profeta. Pero estás preso y el general no te escuchará. ¡Prepárate a morir, querido mío!

-No, porque yo iré al general Mitre, y le diré.

-El centinela no te dejará pasar.

-Sí, me dejará pasar, si tú ocupas mi lugar. Nunca sabrán ellos, ni nadie, si eres tú o soy yo el que se queda preso, o el que sale. Recuerda que la misma Sarah, tu querida esposa...

David no acertaba con un argumento que disuadiera a su hermano Matías de aquella pavorosa ocurrencia. Hallaba de pésimo gusto explicarle que aunque eran tan parecidos que nadie los distinguía, él sentíase absolutamente distinto de su hermano.

Para él, Matías no era el mismo que David. Le causaría inmensa pena si fusilaran a Matías, pero mayor pena si fusilaran a David.

Silenciosamente se mesó las barbas, hasta que Matías le dijo con amargo desprecio:

-¡Mal hermano! ¡No quieres salvarme; cuando estoy pre· so por haber hecho negocios para ti! ¡Y cuántos buenos negocios tengo pensados! ¡Pero no quieres que viva!

-Sí, hermano mío, quiero que vivas. Pero sin oponerme a la voluntad del Eterno. El ha querido que seas tú el preso y tú el fusilado. ¿Qué puedo hacer yo, pobre hormiga, contra los designios de mi Creador?

Discutieron una hora más. Matías se lamentaba de la~ grandes ideas que con

él se irían a la tumba. Y David se horripilaba ante el riesgo de dejar viuda a la joven Sarah. ¡Viuda y sin posteridad!, es decir, que su nombre desaparecería de la haz de la tierra, tremenda visión para un buen judío.

Pero no de balde era uno tartamudo y el otro elocuente.

Acabó Matías por convencer a David. Y éste se quedó en la prisión y el otro partió para andar quince leguas a caballo y volver con el indulto.

Al darse el postrer abrazo, todavía David, agarrando por los hombros a Matías y mirándolo en el fondo de los ojos, le preguntó:

-Y si no consiguieras el indulto, ¿volverías 1o mismo?

-Sí, hermano; si no consiguiera tu indulto volvería lo mismo.

-Mi indulto no, el tuyo querrás decir.

-Como tú quieras; pero desde este momento, y puesto que eres tú el que se queda preso, el indulto que yo debo pedir no es el mío, sino el tuyo. ¡Adiós hermano mío!

Pasó por delante de los centinelas, que no advirtieron el cambiazo, y voló a convencer al general Mitre; mientras David se quedaba sumido en los más tristes presentimientos.

No era buen jinete, pero galopó toda la tarde, a través de la selva correntina, hasta llegar a la carpa de Mitre. Pero el generalísimo de los ejércitos aliados estaba a veinte leguas de allí.

Ya no había tiempo de llegar.

Entonces Matías pensó qué debía hacer, si proseguir En busca de Mitre o volver a ocupar su sitio y libertar a su hermano.

Extraña terquedad la suya. ·Se empeñó en buscar a Mitre.

Y al fin dió con él, pero tres días después. Y cuando bañado en lágrimas le habló del asunto, el generalísimo le mostró un papel donde le daban cuenta de la ejecución de Matías Zabulón, fusilado por espionaje días atrás.

Quedó pulverizado, con el flaco mentón hundido en el pecho.

-¡Yo también voy a morir -dijo, en su desesperación. Y los que le oyeron, exclamaron: ¡Pobre hombre! do que se iba a suicidar.

-Puesto que Matías Zabulón ha muerto para la ley y David Zabulón ha muerto para mí, yo no puedo ser Matías ni soy David. ¡Yo también voy a morir! ...

Y se mató… civilmente.

Adoptó el nombre de su abuelo, Zacarías, y el apellido materno, Blumen, que en alemán significa flores. Era eufónico y poético.

Liquidó sus asuntos en el campamento y regresó a Buenos Aires, donde lo aguardaba Sarah, para arreglar cuentas.

No hablaron de negocios al principio. Los ojos hermosos de ella tenían fulgores románticos.

-Hermano mío, ¿has leído el Libro de Ruth?

-Sí, hermana mía.

-¿Te acuerdas algo de él?

-¡Ni una letra!

Entonces ella le entregó una edición de la Ley y los Profetas, escrita en sólidos y hermosos caracteres hebreos, pero compuesta en idisch que es una especie de alemán para el uso de los judíos de su raza.

Zacarías Blumen (llamémoslo así en adelante) no dió mayor importancia al capricho literario de Sarah, ni a los románticos fulgores de sus ojos, ni a la cadencia de sus palabras. Ni releyó el Libro de Ruth.

Entonces ella hojeó el Deuteronomio, uno de los cinco libros sagrados que forman la Thora, y le leyó el versículo 5° del capítulo 25, que dice así:

"Cuando los hermanos viviesen juntos y muriese uno de ellos, y no tuviese hijo, la mujer del muerto no se casará con hombre extraño; y su cuñado la tomará por mujer."

Esto era a fin de que el primogénito que ella diera a luz fuese llamado como el muerto y el nombre de éste no pereciera.

Mas como Zacarías no se apresuraba a cumplir con la ley, Sarah lo acorraló delante del rabino y de los ancianos de su nación, reunidos en la Sinagoga.

Era de mañana, y las pálidas velas del Hechal, donde se extendería la Sefer Thora, tenían aspecto funerario.

El Rosch revistió sus ornamentos: ciñóse en la frente, en las manos y en el antebrazo los minuciosos teffilin; separó con un apretado cinturón las partes nobles e innobles del cuerpo; se echó sobre el sombrero el thaled sacerdotal, adornado por los simbólicos flecos (zizith) y vuelto el rostro hacia Jerusalén y puesta la mano sobre el corazón, y juntos los pies, a la manera de los ángeles, porque Ezequiel ha dicho: "sus pies estaban derechos" (c. 1,v.7) entonó las dieciocho bendiciones (scemona esre) comenzando por aquella hermosísima que se recita debe hace cuatro mil años en las Sinagogas, y que Nuestro Señor Jesucristo rezó muchas veces:

"Bendito seas, Señor, Rey del Universo, que produces la luz y creas la oscuridad; que haces la paz y sacas las cosas de la nada, y día por día renuevas la obra de tu creación."

Después vuelto la cara a la concurrencia, en la que había muchas mujeres, desplegó un rollo de la Thora, leyó algunos pasajes y lo cerró, diciendo: "Esta, es la ley que nos ha dado Moisés."

Guárdalo respetuosamente y volviéndose al pueblo explicó la historia de Ruth la Moabita.

Hallábase entre las mujeres la joven y hermosa viuda de David Zabulón, que sentía llover sobre ella las miradas fogosas y textos sagrados; y estaba, también, muy resignado a su deslucido papel, Matías Zabulón, que iba a ser el chivo negro de los pecados ajenos.

Refirió el Rosch de qué manera Ruth, habiendo enviudado en el país de Moab, fué a Bethleem, por consejo de su suegra Noemí, y entró en casa de Booz, su pariente. Y Booz se desposó con ella para suscitar posteridad al muerto, "a fin de que su nombre no se borrara de entre sus hermanos".

-Tal se hacía en los tiempos antiguos! -exclamó el Rosch, despidiendo llamas por los ojos-; pero los judíos de ahora no quieren dar hijos a los muertos y se resisten a cumplir tan dulce ley de fraternidad.

Diciendo esto miró a Sarah Zyto y añadió para su coleto: -¿.Qué pretende ese animal de Zabulón? ¿Dónde va a hallar mujer más hermosa?

Y en voz alta, prosiguió:

-Por la terquedad de Matías Zabulón y en defensa de los derechos de Sarah Zyto, debe procederse a la santa ceremonia Ibum y Caliza, mas no en la Sinagoga, lugar sagrado, sino en el campo, sitio de oprobio.

Todos sabían que Ibum quiere decir: tomar la viuda; y Caliza descalzarse el zapato. Zacarías debía optar entre que· darse con Sarah o entregarle un zapato.

Salió el Roch, a reculones, para no dar la espalda al Hechal, y 1o siguió el público en la misma forma.

Sarah abría gallardamente la marcha y nuestro Zacarías la cerraba con aire compungido, esquivando las furibundas miradas de las mujeres.

Todavía podía hacer las de Booz.

Sarah no había cumplido veinte años y tenía fama de hermosa. Pero en el corazón de Zacarías había otro argumento.

A cierta distancia detuvieron en un terreno baldío, detrás de unas cercas de bita, que impedían ver desde la calle.

Formaron corro, y el Roch, después de rezar algunas oraciones, invitó a Zacarías a seguir las costumbres antiguas, casándose con la viuda. Sus palabras fueron coplas de ciego para Zacarías, que oía otros cantares en su corazón.

Viendo lo cual Sarah tomó la palabra y pronunció en hebreo el versículo 7 del capítulo 25 del Deuteronomio: "El hermano de mi marido no quiere continuar la posteridad de su hermano en Israel, casándose conmigo."

Zacarías no comprendía el hebreo, por lo cual ella se lo tradujo, y él respondió en idisch lo que se le ocurría, que fué casualmente, otro versículo: "No quiero tomarla."

Entonces el Roch arrojó un zapato de forma especial, que el recalcitrante mancebo tuvo que calzarse. Y ella, furiosa, con la mano derecha, se lo arrancó a tirones y lo escupió en el pie y en el rostro, y a coro con los fieles recitaron el otro versículo:

"Así se hará al varón que no edifique la casa de su hermano. Y su nombre será en Israel: la casa del descalzado."

Y Zacarías respondió, entre dientes, en mal español:

-¡Ahí me las den todas!

HUGO WAST

Entonces el Rosch dijo a Sarah lo que ella anhelaba:

-Tú puedes ahora casarte con cualquier hombre y recobrar tu dote y los bienes del muerto.

Y Zacarías, que no quería aparecer sin motivos, infringiendo una costumbre antigua, manifestó que estaba comprometido con Milka Mir, y en un rapto de lirismo la describió así:

-Para formarte una idea de su belleza ¡oh Rosch! ten· drías que tomar una copa nueva de plata y llenarla de granos de granada, rodear el borde con una guirnalda de rosas y colocarla entre el sol y la sombra; y el esplendor de este objeto apenas llegaría a la mitad del brillo de la cara de Milka Mir.

El Roch inclinó el cabeza convencido. Pero Sarah, que sabía más que los rabinos contestó:

-¡Idiota! Eso está en el Talmud, y es el elogio de Johanann har Napah. Ni siquiera aciertas a elogiar a una mujer con palabras tuyas.

Y volvió a escupirlo y se alejó indignada.

La rendición de cuentas resultó larga y minuciosa. Zacarías era un hombre prolijo. Nada olvidó, ni el diezmo de la menta y del comino, según las palabras de Jesús.

Sólo tú sabes, Señor, si el saldo que arrojaron dichas cuentas en favor de la viuda, fué la mitad, o siquiera la quinta parte de lo que le correspondía.

Lo que todos sabemos, Señor, es que Zacarías no se habría permitido engañar a su hermano David, de estar vivo, porque el Talmud prescribe que: "No es permitido engañar a nuestro prójimo" (Baba Metsia).

Pero Zacarías había averiguado que el infeliz, puesto en capilla, se dejó convencer por el capellán militar y recibió el bautismo católico, media hora antes de ser fusilado.

Lo cual, 1o rayaba del libro de los prójimos y lo incorporaba al gremio de los goyim o akum (perrs idólatras o cristianos).

Y el mismo sagrado Talmud dice: "Es lícito estafar a un goy" (Baba Kamma)... Pues conforme a la doctrina ta1múdica, expresada en su Código civil y criminal (Choschem Hidmmischpat) "el dinero de los akum es semejante a un bien sin dueño".

Por final de cuentas Zacarías entregó a Sarah unas libranzas sobre Varsovia y un pasaje para Hamburgo. Y tuvo la generosidad de acompañada al vapor y despedir1e como se despide a alguien hasta la eternidad.

Esta, es una parte de la historia de Zacarías B1umen. Pero hay algo más. Las gentes no saben cómo continuó creciendo su enorme fortuna; pero yo lo sé y voy a decido para que no olvidemos que a Zacarías Blumen y a sus semejantes a Argentina les debe buena parte de su fama en el mundo.

Lo cual no significa que sus nombres hayan de quedar la historia al lado de los constructores de la nación.

Tal vez en el reverso de la medalla.

III

La conquista del mundo, in escuadras ni ejércitos

Restauradas las ruinas de la guerra del Paraguay, sobrevinieron años de gran prosperidad, y se desarrolló en los argentinos el amor al lujo. Y como consecuencia, una afición desmedida a los géneros de seda, afición que el gobierno quiso contener, gravándolos con fortísimos derechos de aduana.

Zacarías Blumen se puso en contra del gobierno y en favor de los argentinos; y se dedicó a procurarles aquellas preciosas tejas, libres de impuestos fiscales.

Comprobarlas en el Japón o en Italia y ocultaba las en sus depósitos de la Banda Oriental, entre Montevideo y la Colonia.

Allí las recogían sus lanchas, más veloces y mejor tripuladas que las de la policía aduanera.

En una noche cruzaban el Río de la Plata y descargaban su rica mercancía en lugares secretos de la costa del Tigre o las barrancas de San Isidro.

En los gastos del negocio, Blumen incluía siempre una partida para el comisario de la región o para el jefe del resguardo. Lo que los argentinos llaman "coima". En lenguaje técnico se dice: "Lubricante, materia viscosa y fluida que se deposita en los ejes y engranajes para evitar que chillen."

A veces algún engranaje rechazaba el lubricante, y los pobres marineros de sus lanchas tenían que andar a tiros con los guardias aduaneros entre los sauzales de la costa y los meandros del Delta.

Pero tales accidentes apenas interrumpían el tráfico durante algunas semanas. Zacarías curaba a los heridos, olvidaba a los muertos y echaba más lubricante o lograba que se removieran aquellas ruedas inferiores, que no se dejaban engrasar debidamente.

A pesar de estos gastos, las sedas de Blumen podían venderse en Buenos Aires a la tercera parte del precio de las que llegaban por legítimo puerto. Pero Zacarías se guaro daba de venderlas a ese precio, por no arruinar a sus honestos rivales. Se limitaba a rebajar las suyas a la mitad, lo cual le permitía realizar dos cosas buenas: no ganar más de un veinte por ciento y no fundir del todo a los comerciantes honestos. La experiencia le había enseñado que sólo gracias a la honestidad de los hombres, hay negocios para los pillos.

De las sedas pasó a los cigarros, a los encajes y a la morfina. Los buenos negocios son como las cerezas: en el tronquito de unos se enredan otros.

Y así él, buscando gentes discretas y hábiles que expendieran sus alcaloides, descubrió un nuevo filón.

Había observado que entre los centenares de miles de in· migrantes que los buques de Europa vuelcan sobre las indefensas playas argentinas, venían muchas damas ilustres, baronesas y condesas, de apellidos difíciles, ávidas de explotar

sus buenos modales y el sonido de sus nombres: Condesa Kozlowsky; baronesa Zytnitzky.

Y había observado también-pues a Zacarías no se le escapaba ningún detalle-, que los caballeros porteños gastaban con placer su dinero en las guanterías y perfumerías y bombonerías atendidas por jóvenes extranjeras con nombres románticos.

En aquellos tiempos, cuando Oiga o Eva, o Abigail decidían cambiarse nombre, acudían a las óperas y se rebautizaban Gilda, Norma, Aida.

Ahora, las óperas han caído en desuso y las muchachas prefieren los nombres en inglés de las artistas de cine.

Zacarías fué el primero en Buenos Aires que relacionó esos dos hechos triviales al parecer; el cursi romanticismo de los caballeros, por quienes las jóvenes se cambiaban nombre y la sonoridad de ciertos apellidos de damas inmigrantes.

El mismo día que desembarcaron la baronesa Fanny Chmielnitzky y la condesa Ida Glück, que venía de Amsterdam con pasaje de tercera clase, Zacarías Blumen las abordó en el hotel de Inmigrantes, donde las alojó la munificencia del Estado.

-Si yo les doy plata-iba pensando el financista-a estas nobles damas para que fingiendo no conocerme, abran guanterías y bombonerías y florerías, con esas rubias muchachas que han venido en el mismo buque, y les cambien sus nombres bíblicos por otros árabes: Zaira, Saída, Zelmira, haremos buenos negocios.

De esta ocurrencia nacieron innumerables tiendas en todos los barrios de la ciudad, regenteadas por nobles señoras, vestidas de sedas brillantes y con gruesos collares falsos.

Zacarías Blumen las comanditaba secretamente y cada se· mana iba con su levita escrofu1osa, su barba negra y su espalda arqueada a hacer balance y embolsar ganancias.

Buena porción de estas se destinaba a engrasar el complicado mecanismo de la policía porteña. Y, como la experiencia le había el15eñado que algunas ruedas no absorbían el famoso lubricante, Zacarías Blumen, antes de instalar una guantería visitaba al comisario del barrio. Y si lo hallaba insobornable se alejaba de aquella sección.

De lo cual resultó que algunos cuarteles de la ciudad no fueron favorecidos por el progreso; pero en otros fundó Zacarías tantas sucursales que los vapores de Europa no le suministraban ya suficientes baronesas y condesas y tuvo que hacerlas venir de su tierra expresamente.

A veces, desbordado por el éxito de los negocios, cuando hallaba una mula vieja de buen aspecto, que se llamaba como quien dice Juana Pérez, él mismo le otorgaba ejecutoria de nobleza y la Juana Pérez, desde ese día, entraba a llamarse: baronesa Taiba Rubinstein.

HUGO WAST

Tuvo también que preocuparse de las jóvenes empleadas, 1o cual no era escaso quebradero de cabeza y 1o obligó a hacer varios viajes a Europa y a establecer corresponsales discretos en distintas naciones.

Al cabo de algunos años tuvo la satisfacción de ver su obra perfecta. Poseía cuarenta o cincuenta sucursales en la Capital Federal y muchas en las ciudades del interior. Y de tal manera había organizado sus agencias europeas y hasta asiáticas, que Buenos Aires acabó por ser el principal mercado para ciertas mercaderías.

¡Al César 1o que es del César! Buenos Aires debe a Zacarías Blumen y a otros extranjeros como él, 1o más ruidoso de su nombradía en aquellas naciones, de donde importaban sus baronesas y sus modistillas; y gracias a tales industrias, la ruta de Buenos Aires, o como dijeron los franceses: "le chemin de Buenos-Aires", proporcionó argumento a comedias y librejos que han dado mucho lustre al nombre argentino.

Es justo, pues, que tales inmigrantes que al amparo de las leyes más liberales del mundo han ganado el dinero más su· cio de la tierra, labrándonos de paso una linda fama, vivan en las páginas de este libro, aunque sea con nombres supuestos.

Y nadie se queje, pues los nombres que se usan aquí han pertenecido, y algunos siguen perteneciendo, a personajes de carne y hueso, cuyos retratos, impresiones digitales y demás circunstancias, guárdanse en los prontuarios de nuestra policía. Ad perpetuam rei memoriam.

Naturalmente, estos negocios los manejaba Zacarías Blumen por intermedio de agentes, subagentes, inspectores apoderados y comisionistas que, a menudo, no tenían la menor noticia de él.

Su buena fama habría sufrido si la alta sociedad porteña, en cuyos salones acabó por deslizarse con la resplandeciente Milka Mlir, cubierta de pedrería auténtica, se hubiera percatado de que él era el capitalista de las baronesas que infestaban cierras barrios.

Zacarías cuidaba su reputación. Sólo quería aparecer como dueño del Banco Blumen y aspiraba a ingresar al Gran Kahal de Buenos Aires.

Pero fuese que alguien recordara su historia en la guerra del Paraguay, o fuese que, absorto en sus negocios, hubiese descuidado la política de su nación, el hecho es que a los sesenta años, poseedor de cincuenta millones de pesos, no tenía influencia alguna en el gobierno del pequeño Estado, que los judíos forman siempre dentro del gran Estado que los acoge.

Eso no debía continuar así. Un día, cuando los negocios le permitieron pensar en los destinos de Israel, se mezcló en las reuniones, derramó dinero y astucia, y en el mes de Kislew (noviembre) en la Asamblea General de los judíos fué elegido elector, miembro del colegio electoral que en la siguiente Pascua designaría a los que iban a formar el Gran Kahal.

¿Cómo se manejó en los pocos meses que van de noviembre a Pascua? 'Ello es que el modesto 'elector del mes de Kislew, en el mes de Nisan (generalmente abril), primero del año israelita, el 14, víspera de la fiesta de Pesach (Pascua), que dura una semana, durante la cual no se come pan con levadura, en conmemoración de la salida de Egipto, fué electo magistrado del Kahal.

Al año siguiente, un paso más, y se le designó Rosch, Jefe de la secreta institución, síntesis del poderío israelita.

Zacarías Blumen, como muchos otros de su nación, había perdido la fe en el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, pero conservaba el espíritu del Talmud.

Tenía el orgullo de su raza. Creía en Israel, predestinado para dominar al mundo. Había estudiado la Ley y sus comentadores, para estar en condiciones de usar de la palabra en las asambleas de la Sinagoga.

Veneraba fanáticamente 'la 1/hora, porque su contenido, los cinco libros de Moisés, no solamente son la doctrina, sino también la historia guerrera y gloriosa de su pueblo. Adoraba los Salmos de David, donde hallaba, entre cánticos de amor y rugidos de contrición, regios fragmentos de la epopeya nacional. Y amaba, sobre todo, a los Profetas anunciadores del resurgimiento. Especialmente a Balaam, cuya boca sobornada para maldecir a Israel, estallaba en bendiciones delante del despavorido rey de Moab:

"Balaam, hijo de Beor, el varón de los ojos abiertos... ¡Qué hermosas son tus tiendas, oh Jacob!... Se encorvará para echarse como un león… ¿Quién lo despertará? Benditos los que te bendijeren y malditos los que te maldijeren. Una estrella se levantará de Jacob... Un cetro de Israel Y perecerán todas las otras ciudades."

Estas magníficas palabras le hinchaban el pecho y le enrojecían las mejillas.

Y aunque prácticamente ateo, creía en el advenimiento del Mesías, no un Mesías personal, sino el propio reino de Israel, que alcanzaría la plenitud de su gloria con la llegada del Anticristo.

Se puede creer en eso, sin creer en Díos; pero no se puede trabajar por eso, sin trabajar, a la vez, por fa destrucción de Cristo, única valla que se opone a la hegemonía de Israel, cuyo nombre extraño contiene su historia y hasta su política: "el que lucha contra Dios".

Día de júbilo fué en casa del banquero, aquel día 14 del mes de Nisan en que se apoderó de las riendas del Kahal.

Eso ocurrió en 1900. Zacarías Blumen tenía 63 años y se infló de orgullo porque en la misma elección en que a él lo ungieron Rosch (jefe del Kahal), a Mauricio Kohen solamente lo hicieron Shemosch (secretario).

Pensó que tenía ahora en su mano el poder de cobrar a su enemigo todas las humillaciones que él y su mujer, Sarah, habían hecho sufrir a los Blumen.

No creyó media palabra de lo que el mismo Mauricio le dijera antes de la elección:-serás Rosch del Kahal, porque yo te haré elegir por mis amigos para mostrarte mi estimación.

Zacarías no agradeció a Mauricio, ni se imaginó que éste, desde su cargo de secretario, era capaz de manejar al Rosch y al propio Kahal.

Ignoraba que Mauricio Kohen había puesto los ojos en el joven Zacarías Blumen, único hijo del banquero, para su única hija, Thamar, ambicionando reunir bajo un solo techo a las dos más poderosas fami1ias judías del Río de la Plata.

El negocio, planeado por Sarah Zyto, fué bien llevado, y Zacarías Blumen (hijo), buen mozo, de 23 años, enamorase perdidamente de Thamar Kohen.

Al siguiente día de su elección, el viejo, sintiéndose Rosch de veras, llamó a su hijo y le habló con énfasis digno de la Sinagoga:

-¿Sabes, hijo mío, que solamente las almas de los judíos descienden del primer hombre?

-¿Quién dice eso, papa?

-El Talmud... ¿y sabes que el mundo ha sido creado sólo a causa de Israel?

Y eso, ¿quién lo dice?

-También el Talmud. Está en el tratado Bereschith Rebba, sección 1.

El joven guiñó un ojo y comentó son sorna:

-Lo que yo no sabía es que fueras tan sabio, papá. ¿Estás estudiando para gran rabino?

-Desde ayer soy Rosch del Gran Kahal. Escucha hijo mío... Zacarías bostezó.

-Los bienes que poseen los otros hombres, en realidad pertenecen a los judíos.

Zacarías dejó de bostezar.

-¿Y eso también lo dice el Talmud?

-Sí, con estas palabras: "la propiedad de un no judío es como una casa abandonada; su verdadero dueño es el primer judío que se apodere de ella".

-¡Hum! -hizo el joven-o ¡Lástima que además del Talmud existan el Código Penal y la policía!

'El banquero, con su mano amarilla, le impuso silencio.

-¡No importa lo que digan los códigos cristianos, ni lo que piensa su policía. Hoy, los hombres de nuestra raza no son más que el 1 por ciento del mundo, pero poseemos el 50 por ciento de todas las riquezas móviles. No es bastante. Necesitamos la otra mitad, y la tendremos. Yo no veré ese día, pero tú sí. Los comentadores del 2ohar, el Libro del Esplendor, lo anuncian para dentro de 66 años.

-¿En 1966? ¡Psch! Yo seré muy viejo. ¿No podríamos contentarnos con la mitad del mundo que ya tenemos?

Zacarías estuvo a punto de decirle: ¡Bestia!

Se contuvo y siguió aleccionando a su heredero.

-En el fondo de nuestra alma hay cuatro sentimientos...

Óyeme bien, y si, por desgracia, falta alguno de ellos en tí, debo pensar que

no eres hijo mío y que tu madre anduvo en tratos con los goyim.

El joven Zacarías conocía la dura palabra del Talmud, que llama goy al no judío (en plural: goyim) generalmente al cristiano.

-¿Y cuáles son esos sentimientos, padre mío?

-Una ambición desmesurada; una avidez insaciable; un rencor eterno y un odio inextinguible.

-¡Papá! Puedes creer que mi madre es una santa.

-Hijo mío eso quiere decir que sientes dentro de tí los cuatro sentimientos del alma judía. -No, papá; no ciento ninguno. El viejo se rascó la nuca.

-No importa: a los veinte años yo tampoco sabía 10 que sentía. Sigue escuchándome: la ambición, de dominar al mundo; la avidez, de poseer todas las riquezas; el rencor, contra los goyim; el odio, a Cristo.

El viejo parecía crecer de estatura y su voz adquiría una endiablada sonoridad.

-Padre mío.

-¡Calla y escucha! Un solo medio existe para satisfacer estas cuatro pasiones: apoderarse del oro del mundo, de todo el oro. Entiéndelo bien, porque estas palabras son mi testamento: el oro metal, el oro sonante. El resto podemos abandonado a 1os goyim, porque el día que tengamos el oro, aun· que ellos tengan lo demás, nada tendrán.

-¿Cómo es eso? -exclamó estupefacto Zacarías-. ¿Ni las casas, ni los campos, ni las haciendas, ni las fábricas son riquezas dignas de nosotros?

-Nada de eso es riqueza, si el oro está en nuestras manos.

-Explícate, papá; esto me interesa.

-Sí, pero guárdalo, porque es el secreto del gran Kahal.

Para conquistar el mundo no emplearemos una espada, sino un libro.

-¿Qué libro? ¿Acaso el Talmud?

-No, hijo mío -respondió con lástima el banquero-. El Talmud no lo leen los goyim. Un libro que ellos leen: la Economía Política. En ese libro hay un capítulo que es la obra maestra de nuestro ingenio, el que trata de la moneda, especialmente del oro, cuya religión hemos predicado desde las universidades y hemos hecho aceptar a los gobernantes y? los pueblos.

Ahora el joven Blumen retenía el aliento. ¿Cómo su padre osaba afirmar que los principios clásicos sobre la moneda fueran doctrina judía?

La mano del viejo volvió a levantarse. No era hombre de libros, pero tenía un instinto portentoso para los problemas financieros.

-La economía política era ciencia cristiana, cuando decía que el trabajo es la dignidad humana y base de roda riqueza. Hoyes ciencia muestra, porque nuestros sabios la han adulterado, para meter en los cerebros de los goyim una doctrina que nos conviene: "El trabajo es una mercadería. No hay moneda sana que no tenga por base el oro." Y como no hay negocie que no tenga por base el dinero, es decir, la moneda, no hay negocio que no tenga por base el oro.

Apoderándonos del oro, dominaremos todos los negocios del mundo.

Se detuvo para recobrar aliento. El joven lo miraba estupefacto. El viejo prosiguió:

-Es infinitamente más fácil acaparar el oro que las de· más riquezas; porque el oro del mundo no pasa de diez mil millones, mientras que las otras riquezas son 990 mil millones. Pero no basta apoderarse del oro si los gobiernos y los pueblos dejan de creer en la ciencia de nuestros sabios. Que nuestra doctrina de la moneda se siga enseñando en las Universidades, y que nuestros banqueros sigan acumulando el metal oro, y antes de 70 años, como dice el Zohar, habremos con· quistado el mundo, sin escuadras y sin ejércitos.

Ya la noche se filtraba por los postigos y el salón se oscurecía. Hora del Kaha1. El viejo se levantó. Desde la puerta, enumerando los dedos, volvió a decir:

-¡Acuérdate! Cuatro pasiones: una ambición; una avidez; un rencor; un odio.

Zacarías, el joven, se quedó pensando si realmente su alma era judía, pues lo único que en ese momento lo preocupaba era el amor de Thamar Kohen.

Ni Zacarías el viejo, ni Milka su mujer, sabían nada de tal asunto; los Kohen había tendido en secreto las redes, para captar al mozo. Pero Zacarías (padre) odiaba los recuerdos de la guerra de Paraguay. Y la joven Thamar era la reencarnación de la desdeñosa viuda, que le contó la historia de Ruth y después lo escupió en la cara.

Al saber que su hijo la cortejaba, tuvo un violento acceso de cólera y lo amenazó con maldecirlo hasta la quinta gene· ración; y lo que es peor, con echar al mar toda su fortuna, para que no heredase ni un centavo. Y durante largas semanas, ni él ni su madre lo hablaron ni lo miraron siquiera.

¿Cómo no había de enfurecerse si aquel amor desbarataba un proyecto largamente acariciado?

Aunque tenían el secreto orgullo de ser judíos, querían casar' a su hijo con una cristiana, para entrar en la sociedad porteña por derecho propio.

Aquella sociedad los toleraba y hasta los adulaba por sus millones; pero en sus cortesías adivinabas un mal disimulado desdén: ¡judíos!

Sería una gran victoria de su pueblo, si Zacarías Blumen, casaba a su hijo con una aristócrata, aunque tuviese que hacerlo bautizar.

Se habían fijado en Marta Adalid, la hija menor de aquel Adalid cuyos campos comprara al Kahal muchos años atrás y que tenía en buena parte prisioneros de irremisibles hipotecas.

Al viejo Adalid le encantaría entregar su hija al único heredero de su principal acreedor. Y éste podría renunciar a los millones de Thamar Kohen, porque Marta Adalid poseía un apellido ilustre en la Argentina.

"¡Algunas veces hay que ser desinteresado, hijo mío!"

Seis meses duró la batalla, seis meses durante los cuales el joven Zacarías

estuvo a pique de cometer diversas locuras: casarse secretamente con Thamar, irse a Europa, pegarse un tiro.

No hizo ninguna de las tres, y acabó por notificar a su padre que estaba resuelto a ser desinteresado. Renunció a Thamar y con ella a la herencia de los Kohen; se dejó bautizar por un Obispo; y poco después el Arzobispo de Buenos Aires lo casó con Marta Adalid.

Todavía la gente recuerda el esplendor del baile que esa noche dieron los Adalid.

Zacarías .Blumen, el flamante suegro, saboreaba un doble triunfo. Primero, el de emparentar con tan ilustre casa. Segundo, el de observar, ante las damas cubiertas de encajes auténticos y de joyas costosísimas, que progresaba en los argentinos el amor desenfrenado al lujo.

Política del Kahal era fomentar entre los cristianos la vanidad y la bambolla obligándolos a meterse en arriesgadas especulaciones, abismo donde perecen las más grandes fortunas.

Pero en los salones justo es decido, nadie se acordaba de la novia.

La reina de la fiesta fué Thamar Kohen que atraía las mi· radas y hostigaba la curiosidad con una desenvoltura graciosa y vengativa.

¿Por qué ardían sus ojos de aquella manera, y su risa era extraña e impertinente?

Ella estaba en los planes de la Sinagoga.

Mauricio Kohen citó al Kahal y al Beth Din y en presencia de todas las barbas de la judería, acusó de renegados ai Rosch Zacarías Blumen, y a su hijo, por haberse convertido a la odiada religión del Crucificado.

Bajo el masónico secreto que envuelve los procedimientos de ambos tribunales, denunció la traición de que había sido víctima la hermosa Thamar.

"Vosotros sabéis, hermanos de Buenos Aires, que el casa· miento de un judío con una cristiana es cosa abominable a los ojos del Eterno. Es el ayuntamiento de un ser divino con un ser innoble como una cerda o una asna.

El Talmud nos cuenta, en su tratado Safer Ben Sira, lo que sucedió al célebre rabino Ben Sira, gran amigo de Nabucodonosor en tiempos de la cautividad de Babilonia El rey quiso premiarlo y le ofreció la mano de su hija. Y el rabino contestó orgullosamente: "Sabe, oh rey, que yo soy hombre y no animal!" Por ello el Zohar prohíbe a los judíos casarse con mujeres cristianas, que son, al decir de Jeremías, cisternas rotas, que no retienen las aguas, mientras que las judías son fuentes de aguas vivas. Y el rabino Yossé en el mismo Zohar, afirma que éste es el segundo de los tres grandes pecados que alejan al Santo (bendito sea su nombre!)."

Desgarró sus ropas, y pidió que, sin acordarse de la ofensa a la dulce Thamar, sino de la ofensa al pueblo judío, se des· poseyera a Zacarías Blumen de su dignidad de Rosch y se les aplicara a él y a su hijo la excomunión del Herem,

expulsándolas de la Sinagoga, hasta el día del reinado del Anticristo, cuando el Santo (¡bendito sea él!) coja la tierra como la orilla de un manto, y sacuda a los impíos como se sacude el barro de las vestiduras.

La peroración del Shemosch del Kahal impresionó a la asamblea.

Blumen se levantó para hacerle frente con bravura y sutileza digna de un rabino.

-¡Hermanos de Israel! Lo que este hombre ha tramado es la más perversa intriga del mundo. Y 1o que hemos hecho, mi hijo bautizándose para casarse con una cristiana y yo permitiéndolo, está prescripto por nuestra ley.

-¡Blasfemia!

-¡Escuchad! Vosotros sabéis que el judaísmo es indeleble como el color de la piel. Porque no es una religión sino un] raza, la primera y la única que salió de las manos del Eterno (¡bendito sea él!). ¿Por qué los judíos no mandamos misioneros como los goyim? Porque sabemos que ningún convertido a nuestra religión se volverá judío. Como sabemos, también, que hay millones de judíos que han renegado aparentemente de su religión y siguen siendo tan fieles como el más sabio rabino. ¡Acordaos de nuestro Maimónides, que se hizo mahometano!

-¡Blasfemia otra vez!

-Escuchad con paciencia. Esto no lo digo yo sino el Libro mil veces santo.

Extrajo de sus bolsillos un texto y leyó esta prescripción talmúdica:

"El hombre debe ser astuto por temor de Dios"; y a renglón seguido este comentario del famoso rabino Ben Ascher:

"Se permite a un judío engañar a los idólatras haciéndoles creer que se ha hecho cristiano."

-Recordad, hermanos del Kahal, del Beth Din y de la Sinagoga nuestra fiesta del Yom Kipur, que una vez por año nos desliga de todo juramento y de toda promesa. ¿Para qué serviría este perdón anual de los perjurios si no pudiésemos engañar a los adeptos de Cristo?

Por los papeles que el Rosch iba sacando advertías que había ido preparado al combate.

Salomón Levy y Abraham, que lo escuchaban en los es· caños de la derecha se acariciaban las barbas.

-¡Está bien!

Pero Jacobo y Aarón y Moisés y David y Eleazar, rebullíanse fastidiados, adentro de sus levitas.

-¡Blasfemia! ¡La pobre Thamar!

-¡Blasfemia¡

Zacarías dejó sus papeles y desde la altura de su dignidad de Rosch, dejó caer sobre la asamblea estas enfáticas palabras:

-Hemos corrompido a los goyim, haciéndolos amar el lujo, que sólo pueden

costear con nuestros préstamos. Somos un puñado, pero nadie tan poderoso como nosotros, porque tenemos esa fuerza de la finanza, contra la que ningún gobierno puede luchar, aunque se llame Napoleón. Y en Buenos Aires, hermanos míos, ningún otro de mi raza ha hecho más que yo, ni siquiera ha hecho la mitad de lo que yo hecho. ¿Ya ese hombre hay quien se atreve a acusado y a pedir el Herem contra él?

Zacarías se sentó, creyendo, por la emoción de los semblantes, que había ganado el pleito.

Temible enemigo aquel viejo Mauricio, que de nuevo se alzó tosiendo y con los ojos bermejos de sangre.

-¡Has blasfemado, Rosch, y mereces la muerte! Mientras nosotros destruimos las aristocracias naturales, para levantar la nobleza del oro, tú, Rosch, nos traicionas para ingresar en la familia de los aristócratas. Mientras nosotros desacreditamos entre los pueblos a los sacerdotes de los goyim, tu hijo, Rosch, se hace bautizar por un Obispo; y tú vas a besar el anillo del Arzobispo. Mientras nosotros trabajamos en la destrucción de Cristo, tú, Rosch, vas a prostituirte con tu familia en 1os templos cristianos. Verdaderamente el misterio de iniquidad ha comenzado. Pero todavía faltan años de persecución para Israel y de triunfo para Roma. Pero Roma es la estatua del profeta Daniel. Sus piernas de hierro se asientan sobre pies de barro. Una· piedra, que vendrá de rumbo desconocido, derrumbará la estatua. Esta piedra será el Rey de la sangre de Sión, el Anticristo que está próximo a nacer y que será anunciado por un Obispo católico, que apostatará él fin de ser su precursor. Si tú, Rosch, puedes afinar que el

Obispo que ha bautizado a tu hijo es apóstata y será el profeta del Anticristo, podremos perdonarte. Si no, mereces la muerte del Herem.

Zacarías Blumen permaneció callado; y todos los concurrentes se levantaron gimiendo y rasgando sus vestiduras, con unas navajitas finas, que sólo cortaban las costuras, sin grave daño.

-¡Herem, Herem!

Mauricio Kohen había ganado la partida. B1umen tuvo miedo y huyó de la Sinagoga, sintiendo en las flacas piernas los chicotazos de su levita.

El Kahal, presidido por el segundo Rosch, votó la expulsión de padre e hijo. Se apagaron las cuatro velas negras encendidas sobre el altar, para que humeasen durante las maldiciones, y se tocó el Sofar, cuerno de carnero, que sólo resuena en tales ocasiones. Y el gran rabino pronunció el Herem, que segrega definitivamente de la nación judía.

Es tan raro leer en algún viejo libro esta maldición, porque los judíos son en extremo celosos del secreto de sus ritos, que vale la pena reproducir aquí su extraña fórmula:

"Por fuerza y la potencia que la palabra santa ejerce, nosotros destruimos, anatematizamos, rebajamos, humillamos y maldecimos, en el nombre de Dios

HUGO WAST

Kahal, en el nombre de los 613 artículos de la Ley encerrada en los libros santos; por este Herem con el cual Jesús de Narvín maldijo a Jericó; y Eliseo maldijo a los muchachos; y Zazac maldijo a Moraz...

"Por todos los anatemas, maldiciones y execraciones proferidos desde los tiempos de Moisés; y en el nombre de Dios que contiene 42 letras, que sea maldito por todos los serafines, ángeles y arcángeles que sirven a Dios.

"Si ha nacido en el mes de Nisan, durante el cual reina el arcángel Uriel que sea maldito por este arcángel y por todos los ángeles que le obedecen.

(Sigue la enumeración de los otros once meses, impetrando la maldición de sus respectivos arcángeles, a quienes se designa por sus nombres.)

"Que las desventuras lo persigan. Gran Dios, castígalo; gran Dios, abísmalo; gran Dios, destrúyelo. Que todos los diablos le salgan al encuentro; y muera de muere repentina, antes de un mes.

"Que Dios lo castigue con la tisis, la espada, la locura y la ictericia. Que traspase su pecho con su propia espada y se rompan sus flechas. Que encuentre una oscuridad profunda y al final la desesperación. Se envolverá en el anatema como en un manto. Y se destruirá a sí mismo. Y Dios no lo perdonará jamás. Y su nombre se borrará del espacio que hay entre el cielo y la tierra. Y será desterrado para siempre de la descendencia de Israel.

"En cuanto a vosotros que teméis a Dios, vivid en paz y que Dios os bendiga."

De esta suerte cayó sobre el fundador de la familia argentina de los Blumen la maldición de su pueblo. Y eso ocurrió en 1900, cuando el viejo tenía sesenta y tres años.

La maldición pareció cumplirse porque ese año murió. Pe· ro lo mismo le ocurrió a su triunfante enemigo Mauricio Kohen, con pocos meses de diferencia. Kohen dejó dos hijos: Thamar de 20 años y Mauricio de cinco, a más de su viuda. Han pasado más de treinta años.